

À qui comprends:

Innocence

FIDÈLES AU
SCANDALE

ÉTUDE DE GÉOGRAPHIE HUMAINE

du

LES SURRÉALISTES

CINEMA

ARTS

ou printemps.

rêve

BUNUEL

LES FILMS

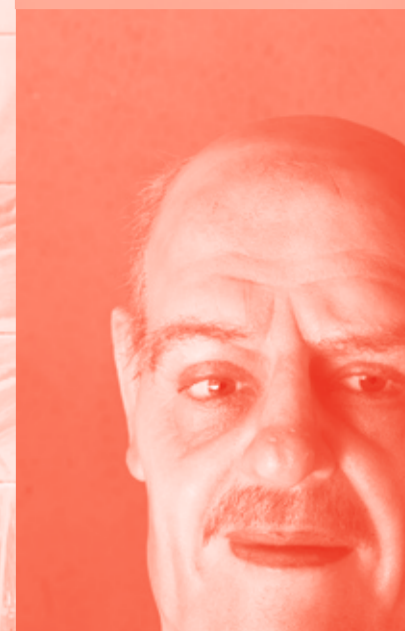
En este trabajo, que es el diario de una errancia, de una «quest» errante en pos de su paisano Luis Buñuel, a Jorge Fuembuena le brota una mirada casi surrealista. Pero es que muy a menudo en su obra lo insólito, el azar, el encuentro, la chispa, juegan un papel clave.

Insectos, dice Fuembuena desde el título mismo, sabor de la pasión de Buñuel por un fascinante sabio ochocentista francés, J.H. Fabre, que así firmaba este amigo de los insectos, cuyos libros también conservó siempre cerca Salvador Dalí, como uno ha tenido la ocasión de comprobarlo en su biblioteca, hoy figuerense, y en la cual se conserva un ejemplar de *Le monde merveilleux des insectes*, el mismo título aquí presente en una traducción española, muy modestamente encuadernada. Un fetiche muy Fabre, y que Fuembuena ha fotografiado bajo todos los ángulos: la mano con hormigas de *Un chien andalou*, mano enseñada por otro paisano, Antonio Saura, en 1953, en su seminal exposición madrileña *Arte fantástico*, en la librería-galería Clan.

Marino Moretti, un olvidado poeta crepuscular italiano, compuso «poesie scritte col lapis». Estas fotos de Fuembuena, un Fuembuena que ha acumulado las lecturas respecto del genial cineasta —entre ellas las de la tesis de Maurice Legendre sobre *Las Jurdas*, y la del libro de Miguel Álvarez Acosta que inspiró *La muerte y el río*, y la de las memorias dictadas por Buñuel a su cómplice Jean-Claude Carrière, y las de Jeanne Rucar, y las de ese excelente libro conversacional con el de Calanda y con otros compañeros de generación que es el de Max Aub—, no están escritas con lápiz, sino diríamos que fijadas con alfileres. El fotógrafo como fabriano poeta-entomólogo.

Adicto de siempre a los festivales cinematográficos, Fuembuena se fija en una carta de Octavio Paz desde el Carlton de Cannes, y en otras pequeñas reliquias que componen la zona *memorabilia* de este proyecto: unas cerillas del Plaza madrileño, que ya no existe como hotel, y que era la base de operaciones capitalina del cineasta; un mechero Dupont «vintage»; una pipa magrittiana; una pistola; una instantánea de Mike el pollo acéfalo, que nos hace pensar en las gallinas de *Los olvidados*; el sombrero colonial que Buñuel lleva en la hermosa foto que le tomó Jesse Fernández en México durante el rodaje de *Nazarín*, sombrero que le hace parecerse a Valery Larbaud en su retrato más célebre, aquel donde el inventor de Barnabooth parece un explorador...

INSIDE INSECT JORGE FUEMBUENA PHOTOESPAÑA 2015. 2 JULIO — 23 SEPTIEMBRE 2015. CENTRO DE ARTE ALCOBENDAS.



Fuembuena incorpora a esta ronda, un par de planos del realizador, que nos hablan de la vertiente erótica de su obra. Por una parte están una jovencísima Ángela Molina, y Fernando Rey, en uno de *Ese oscuro del deseo*, «d'après» *La femme et le pantin*, del gran Pierre Loüys. Por otra, Silvia Pinal, en esplendorosos ligeros, en *Simón del desierto*, otro plano memorable, que trae a nuestra memoria una frase de Larbaud, nuevamente, que pido perdón por dejar en su precioso francés: «J'atteins une des agrafes des jarretelles... Tout ce joli harnachement de la cuisse nue. Bon, défaites, celle-là. À l'autre, maintenant», una frase, o más bien cuatro, que ni pintadas para el plano en cuestión.

Más una foto de rodaje en que se ve a Buñuel absorto, ajeno a todos, arriba en su grúa, entre palmeras caribeñas. Y Marilyn, espectadora en el rodaje de *El ángel exterminador*. Y como «bonus», de repente Yasmine Dahm por siempre adolescente, un guiño a Juan Luis Buñuel y a su *Rendez-vous de la mort joyeuse*.

Más, allá lejos y hace tiempo, el Buñuel esquelético y deportista fotografiado por Ricardo de Orueta en la Residencia de Estudiantes, un espacio en el cual seguro que pensó mucho Fuembuena durante su residencia en esa otra isla madrileña que es la Casa Velázquez, de la cual era él residente cuando empezó con este proyecto que ahora va a enseñar en Alcobendas.

A estos «objets trouvés» objetuales o fotográficos, tan directamente relacionados con la obra y la biografía del cineasta homenajeado, algunos de ellos incluidos en vitrinas, se suma su disparatado busto del Museo de Cera madrileño, que nos recuerda la afición de los surrealistas al Musée Grévin, en el Passage Jouffroy, en el corazón del París baudelariano y benjaminiano.

Luego están otros objetos encontrados, o *sitios encontrados*, cargados de una enorme carga poética. No nos preocupa mucho saber dónde ha tenido lugar la captura, por el fotógrafo-entomólogo-poeta-*flâneur*, de esos instantes de vida. ¿Dónde esos timbres carpetovetónicos con sus correspondientes letreros, en qué casa familiar ibérica perdida en la niebla de las décadas? ¿Dónde la moqueta ajada de esta escalera, contemplada, dibujada desde tan de cerca que se convierte en un escenario auténticamente desolador? ¿Dónde este hotel vacío y teatral, todo en molduras, en estucos, en un abrirse y cerrarse de puertas como de vodevil parisién? (Y ciertamente sí, busquen en las memorias de Buñuel, las páginas dedicadas al Hôtel Ronceray, con puerta precisamente al passage Jouffroy, y entenderán, por qué era importante para Fuembuena asomarse a ese lugar). ¿Dónde esas covachas, esas ruinas de murallas con números que sólo entiende el especialista, el arqueólogo, entomólogo de ruinas? ¿Dónde esas paredes pintadas a lo bruto, casi por un *action painter*? ¿Dónde, en qué garito, este destartado cuarto rojo? ¿Dónde este viejo teléfono de pared, de bakelita, sonando en qué noche oscura? ¿Dónde, en qué museo o colección particular, esta mujer del XVIII con sombrero, en un cuadro deslumbrado por el flash? ¿Dónde esta caja llena de mantis religiosas, una caja muy Fabre, de nuevo, y también muy Joseph Cornell, el inventor del *box art*, una caja, encima, firmada sabemos que por otro sabio, Ignacio Bolívar? ¿Dónde ese castillo francés con mirilla en el cielo sobre él, pura ilusión, como esa *Pietà* de Miguel Ángel que a la postre es un tatuaje en una espalda, como burda ilusión es esa supuesta maja desnuda goyesca, versión con candado real incluido, que trae a nuestra memoria el proyecto buñuelesco de una película sobre su paisano? ¿Dónde, en qué patria de la infancia, esta barandilla de piedra craquelada, corroída por la hiedra, como una metáfora del paso inexorable del tiempo, como un manto de olvido, el mismo olvido que aquí en París, cerca de los cafés frecuentados por Buñuel y sus amigos, cubre esta tumba del Cimetière Montparnasse, velada por los siglos de los siglos por esta mujer de mármol?

Paisajes trolenses, de Calanda, y en uno de ellos, dos señales de tráfico vueltas del revés, y en otro, dos mojonos que el fotógrafo ve como la emergencia surreal de un par de tetas como dos carretas, y en otro unas piedras amarillas, en los montes Tolocha, donde fueron esparcidas las cenizas del cineasta, y en otro más, un árbol calcinado por alguno de los pavorosos incendios que asolan los veranos de la piel de toro. Un cementerio... de ataúdes, sin duda una imagen bien buñuelasca, como lo son algunos retratos posados, de temática religiosa, y todavía más esa silueta, cazada al vuelo, de una beata sin rostro, envuelta en una manta, delante de la catedral de Toledo, una ciudad de la cual eran asiduos visitantes el cineasta y sus amigos de la Residencia. Un pueblo sumergido bajo un pantano, y una mansión solitaria emergiendo del agua. A orillas de otro lago, una abigarrada «ciudad de juguete», como la pensaba describir, antes de saber que la imagen está tomada en uno de tantos parques temáticos, no importa cuál. Unas grutas convertidas en atracción turística. Unas jirafas talladas en lo verde. Un disparatado unicornio *kitsch*. La luna entre nubes. La Vía Láctea. Otro Hotel Plaza, este neoyorquino, en la esquina de Central Park, ese «monumento natural norteamericano», y aquí viene a cuento citar de nuevo a Cornell, para el cual esa blanca mole neomedieval era el castillo encantado de *Le Grand Meaulnes*...

Fascinante modo de trabajar en su insectario buñuelesco el de Jorge Fuembuena, mitad estudio y acumulación de pruebas, de fe de vida, y mitad recreación, asociación libre a la cual puede cada cual agregar su propia divagación. Por eso a la postre no importan mucho aquí los pies de foto. Todo funciona en la pared —o, en el caso de algunas de las reliquias, en vitrinas—, como una constelación de imágenes, constelación mallarmeana, constelación mironiana, constelación ahora del abajofirmante.

Juan Manuel Bonet

